

poniendo vivo interés y noble pasión en las «Cosas de España», muestran que no las consideran irreductibles á la común medida europea, y nos hacen sentir, por tanto, la solidaridad que nos liga á los demás pueblos cultos, y la obligación en que nos hallamos de colaborar en las empresas de la civilización, viviendo en ella y rodeada, como extraños que aprovechan sus productos materiales y repugnan los principios ideales que la informan.

Además, como quiera que el proceso y fusilamiento de Ferrer, motivo de esta solemne manifestación de la opinión europea, fueron efectos del accidental predominio en el Gobierno de España, en un malhadado momento, de elementos políticos refractarios al espíritu de tolerancia religiosa y de respeto á los derechos inherentes á la personalidad humana, que constituyen el primordial fundamento de la civilización moderna, la reprobación de los pueblos cultos que contra tal política antieuropea se dirigía, venía á la vez en auxilio y socorro de los liberales españoles de todos los matices, incluso los conservadores, que no pueden haber olvidado de qué manera Cánovas, el restaurador de la monarquía borbónica, se opuso al restablecimiento de la Unidad católica, «para que no fuera España una triste excepción en el concierto de los pueblos civilizados.»

Y también debe recordarse que cuando el Duque de Angulema, con los cien mil hijos de San Luis, intervino militarmente en los asuntos interiores de España para abatir el régimen liberal y devolver el poder absoluto á Fernando VII, hubo de oponerse en nombre de Europa á que el rey, su protegido, restableciese el Santo Tribunal de la Inquisición, que todo el mundo ha visto revivir con mal encubierto disimulo y bajo pretexto de la rebelión de Barcelona, en el proceso y ejecución del director de la «Escuela Moderna».

Gracias á la coacción armada de la Europa reaccionaria de 1824 quedó

abolido de derecho el Santo Oficio en España; gracias á la influencia de la Europa conservadora, de que fué representante la sagaz y prudente política de Cánovas en 1876, no se restableció la unidad católica; y gracias á las protestas de la Europa liberal en 1909 se ha libertado nuestra patria de la ciega, desafortada, ininteligente reacción clerical de que fué instrumento, tal vez sin tener de ello conciencia, el Gabinete presidido por el señor Maura.

El autor de este libro aunque ha estudiado con prolijo cuidado, y sólo para su propia instrucción, este interesante asunto en que se cifra el porvenir de nuestra patria, no se hubiera decidido nunca á escribir, pensando que sus reflexiones triviales, y que á cada cual pudieran ocurrírsele, no merecían la pena de fatigar las prensas; mas tenían los liberales españoles una deuda de gratitud que pagar á la Europa y al mundo cultos y era de esperar que, á los centenares de profesores é intelectuales de todas las naciones, respondiese alguna voz en España de las personas á quienes por su elevada representación en la cultura, por la naturaleza de sus estudios profesionales en el derecho y la sociología ó por su significación política al menos, parece que hubiera correspondido tomar la iniciativa, y á ésta se hubiera adherido en tal caso, cumpliendo con gusto lo que estima un deber el que esto escribe, profesor, aunque indigno, de una Universidad española. Pero ha corrido el tiempo; la discusión en las Cortes ha puesto de relieve la necesidad de ilustrar la opinión española y europea sobre el asunto; la dispersión de los documentos en periódicos y folletos dificulta el estudiarlos reunidos cómodamente, y entre tanto que otros más autorizados toman la palabra, ha parecido al que escribe que le sería permitido, á falta de buenos, ofrecer al pueblo español, y á los extranjeros que por nosotros se interesan, estos estudios, que originalmente no estaban destinados á la publicidad.

Mas al poner por obra este propósi-